

VIEJAS POSTALES DESCOLORIDAS

MATIAS PEREZ

Por Federico Villoch.

A sido propensión del hombre, desde los más remotos tiempos, tender el vuelo hacia las ignotas regiones del infinito; y alejarse lo más posible de la dura e ingrata tierra en que le tocara vivir por designios del Ser Supremo. El embullo viene nada menos que desde los tiempos mitológicos. Icaro, hijo de Dédalo, se fugó de la prisión a que le condenara Minos, con la ayuda de unas alas de cera que se le derritieron al acercarse al Sol; cayendo en el golfo griego que desde entonces llevó su nombre. Se asegura que en los manuscritos científicos que dejara Leonardo de Vinci, se hallan los planos y dibujos de una máquina para volar. Estando en Avignon en 1782—dicen las historias—Esteban Montgolfier, en los días del sitio de Gibraltar, meditaba una noche si sería posible que los aires le ofreciesen un medio para penetrar en la plaza, hasta que dió con la clave del problema; y uniéndose a su hermano José Miguel, construyeron en 1793 su primer aerostato, que ascendió unas mil toesas entre la admiración y los aplausos del público de Versalles que contemplaba las pruebas. Después, y dirigiendo el vuelo por otros rumbos, los hermanos yanquis Wright; el francés Mr. Bleriot; el español Franco; el americano Mr. Lindberg, y el intrépido irlandés Mr. Corrigan, etc., etc., hizo cada cual lo suyo; aunque ninguno de ellos ha podido suplantarle la gloria a las palomas mensajeras en lo de llevar y traer noticias y planos y secretos de las poblaciones sitiadas; y billetes de amor a los enamorados... Antes que todos ellos, con las pruebas y demostraciones en las afueras de París, y de las que el mundo, asombrado, se enteraba por el cable y las revistas, el sudamericano Santos Dumont, abría ya las puertas del futuro a la aviación universal.

La aerostática ha tenido en Cuba sus glorias, sus héroes y sus mártires: y la aviación, no se diga. La primera página de gloria de ésta la llena el aviador cubano Domingo Rosillo con su prodigioso vuelo de Cayo Hueso a la Habana, una mañana del mes de Mayo de 1913. Antes intentó esa misma hazaña Mac-Curdy, pero cayó al mar sin poder llegar a nuestras playas, reservándose la gloria del vuelo, que entonces se estimaba de lo más arriesgado, a nuestro paisano Rosillo. Poco más o menos, por los mismos días, el también paisano nuestro Agustín Parlá, llegó al Mariel desde Cayo Hueso; y como siempre—Habana y Almendares; Almendares y Habana—empezaron a discutir con apasionamiento Rosillistas y Parlaístas, a cuál de los dos cabía mayor gloria.

PATRIMONIO
DOCUMENTALOFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

En un principio, las exhibiciones de vuelos de aeroplanos que se llevaban a efecto en el campo de Columbia—1911-1912—tenían algo de espectáculo público, al que acudía todas las tardes gran número de personas, como si se tratase de un número de circo. Recordamos aquellos aparatosos vuelos de Mac-Curdy, presenciados, entre otros entusiastas, por el P. Gutiérrez Lanza y varios catedráticos de la Universidad y el Instituto. Acabaron por ofrecérsele al público paseos alrededor de Columbia, a tanto la vuelta; no siendo muchos los que al principio se arriesgaron a gozar de aquel entretenimiento; después los paseos fueron ensanchando su radio de acción, y acabaron por darse a gran altura, sobre el perímetro de la Ciudad y sus barrios y pueblos colindantes. Valga decir la verdad, aún no se le ha perdido el miedo del todo a la fiera...

En cuanto a héroes, pocos pueblos como el de Cuba pueden ofrecer en holocausto a la aviación, una página más dolorosa que la que trazó el destino en nuestros anales, al caer en Cali—Colombia—los aviadores Menéndez, Jiménez Alún, Risech, los mecánicos Castillo, Naranjo y Medina, y el cronista del viaje, el culto periodista Ruy de Lugo Vña, cuando rendían un vuelo de buena voluntad por las repúblicas de Centro América; y con motivo de cuyo entierro—elocuente demostración de afecto de un pueblo hermano—escribimos los siguientes sencillos versos:

LA MAS CARA

En el entierro de los héroes de Cali

Miles y miles costaron
las coronas y las flores...
mas no hay dinero en el mundo
para pagar la más pobre:
la que el pueblo colombiano
tejió, en espontáneo aporte,
con flores de sus caminos
y con yerbas de sus bosques.

De ascensiones aerostáticas se recuerdan, primero, la de Mr. Stanley, y después las del profesor de Física doctor D-Beon, que tuvo lugar en los terrenos de la glorieta de Almendares, del año 90 al 95; y la del Gordo Granados, por esa misma fecha y en el propio sitio. La Habana entera acudió a ver el descenso del Gordo, esperando hallarse con una hecatombe; pero diez o doce metros antes de tocar tierra, se abrió el paracaídas; y el popular obeso descendió como un angelito, sonriéndose tranquilamente y entre un prolongado ¡Oh!... de admiración, de los que esperaban otra cosa. El doctor D-Beon, hombre de gran cultura, acompañó a Carneado, el popular peletero de Galiano, en calidad de cicerone, en un viaje que aquél hizo por Europa y varias ciudades del Asia y el Africa. D-Beon fué nombrado catedrático de francés en el Instituto de Santa Clara, ya instaurada la República; y ha muerto habrá unos meses, a la avanzada edad de 94 años. Era un hombre que sabía de todo; y muy agradable en su trato.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

3

También se recuerda aquel Mr. Smith, que volaba en Palatino, en 1906, contratado por Alfredo Misa, dejándose caer asido a un paracaídas y después de disparar un tiro. Igual exhibición había intentado hacer años antes, en la primera intervención americana, otro yanqui llamado, según creemos recordar, Mr. J. Jhonson, ascendiendo en un globo, en el circo de Pubillones, instalado detrás de Payret en una matinée de Noche Buena; pero con tan mala suerte, que apenas se elevó el aerostato, éste hubo de enredarse en la red de alambres del alumbrado y el teléfono, que existe detrás de aquel teatro, obligando al infeliz navegante, después de desesperados esfuerzos, a soltar las manos; y caer desde doce o catorce metros de altura, estrellándose contra los adoquines de la calle. ¡Qué horrible espectáculo para los miles de curiosos que contemplaban la ascensión! Perteneíamos entonces a la prensa; y en nuestra calidad de repórter tuvimos ocasión de ver en la casa de Socorro a la esposa del aeronauta, abrazada al cadáver de éste; y gimiendo y llorando amargamente, al lado de su hijito de seis años, que miraba a todas partes con ojos de espanto... No tuvieron buena Noche Buena los que presenciaron aquella horrible desgracia.

Esa misma ascensión estaba acostumbrado a hacerla el Capitán Infante, allá por los años 87, 88, etc., desde los campos del «Aplech», en los terrenos que hoy ocupa el Hotel Plaza; y también, desde el circo de Santiago Pubillones, en la calle de Zulueta, el Capitán Zorrilla, asturiano o montañés; pero este aeronauta, más listo que sus compañeros, se las ingeniaba de manera que venía siempre a caer con su globo, lo más lejos, en la Loma del Mazo o en la del Burro, de la Víbora; hasta que en un vuelo que hizo en Santiago de Cuba, o Camagüey, le tocó su hora; y se mató. Muchos aeronautas profesionales recorrían entonces los pueblos de la Isla con sus Montgolfierdes; y ello daba lugar al asombro de los ingenuos campesinos de entonces—los de hoy, el que no corre, «vuela»; y se pierde de vista—. Recordamos el principio de la descripción, en verso de uno de aquellos vuelos, que decía:

De Macurige y el Jobo;
de la Esperanza y Cifuentes;
¡Ave María, cuánta gente
ha venido a ver el globo!

¿Quién no oyó, de los descoloridos de hoy hablar, desde sus primeros años, de Matías Pérez, «que voló en un globo y no apareció más nunca»? Para toda arriesgada aventura se sacaba el nombre de Matías Pérez. Su nombre y su hazaña sirvieron de tema para las décimas de los trovadores callejeros y asunto de los cuentos de las abuelitas; y se convirtió en narración épica en labios de los soñadores populacheros, amantes de todo lo que significara una aventura sin precedente. Unos decían que era isleño; otros, mejicano; otros, de Mantua; otros, del Perú; siendo en realidad un piloto portugués muy cuco y avisado, que se dedicaba a la fabricación de toldos y cortinas. Llegó a tener la apariencia de un ser mitológico. Sólo dejó de ha-



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

A

blarse de Matías Pérez, cuando el aeroplano empezó a quitarle importancia a las ascensiones en globo, convirtiéndose entonces, de héroe, en tipo de choteo; en símbolo de una época de oscurantismo y atraso.

Matías Pérez no era de nuestra promoción; quiere decirse, que no está dentro del periodo contemporáneo de nuestras postales. No nos concedió el Altísimo la vitalidad de Matusalén. De él no tenemos más noticias que las muy ligeras que en su obra Tradiciones Cubanas, nos dejó el que fué nuestro compañero en el periodismo, el ameno y laborioso escritor Alvaro de la Iglesia, si bien en ellas hay más fantasía que realidad; y lo que nos contaba nuestro colega en el arte teatral vernáculo, don Joaquín Robreño—vieja postal descolorida, parlante—que, muy joven, fué testigo de la ascensión de Matías Pérez en el Campo de Marte, una tarde de junio de 1859, 60 ó 61. Don Joaquín Robreño escribió una obra bufa titulada «Matías Pérez», que después adaptó para el teatro Alhambra, con el título de «La Isla de la Burundanga». Antes de su vuelo fatal, Matías Pérez había realizado otros con buen éxito.

La joven y agraciada señorita Teresina del Rey, aprovechada alumna de piloto en la escuela de aviación de Columbia, cuyo retrato acompañamos a esta postal, en visita con que nos honró recientemente nos entregó el cuestionario que vamos a reproducir a continuación, por si también algunos de nuestros lectores se encuentran con deseo de contestarlo.

Pregunta la joven aviatrix señorita del Rey:

1.—«¿Qué fundamento, causal u origen hubo para que a Matías Pérez se le recuerde siempre en tono de solfa o choteo, y que, por el contrario, sólo en muy contadas ocasiones se respete su memoria, calificándolo como lo que realmente es: uno de los pioneros mártires de la aviación cubana?» —Es que aquí se le toma el pelo al mismo Padre Adán, si se le ocurriera aparecerse por ahí.

2.—«¿Se sabe si vive, y dónde, algunos de los testigos presenciales que vieron a Matías Pérez remontarse en aquel día memorable?» —Creemos que no quede nadie; y si queda, estará el pobre tan averiado, que ni se dé cuenta de lo que se le pregunta.

3.—«Cuentan los cronistas que Matías Pérez debió dejar alguna fotografía a algún amigo. ¿Sería posible localizar alguna?» —Creemos que no. Entonces lo que se usaba más corrientemente era el Daguerrotipo. Había en aquella época por los alrededores de los parques unos franceses patilludos, con sus cacharros viejos y unos paños negros, retratando a real la placa. A estas horas el daguerrotipo de Matías estaría más descolorido aun que nuestras postales.

4.—«También cuentan los cronistas de la época, que Matías, abatido por un amor imposible, escogió ese romántico y poco usado medio de suicidio.» —Hay quien asegura que la causa fué no haber salido delegado a la Constituyente.

5

5.—«En la imaginación fecunda de nuestros escritores festivos, y especialmente, en la de nuestros caricaturistas, Matías Pérez simboliza siempre en todos los temas: la imaginaria volandera del cubano; la brevedad de nuestros entusiasmos, nuestra festinación para todas las empresas, aún las más graves: Matías Pérez, es, en fin, para nuestros artistas del buen humor, algo así como cualquiera y todos los cubanos, que cada cinco años piden la celebración de una «Constituyente libre y soberana». Y el día de los comicios, no pueden votar... Porque se les olvidó inscribirse en el Censo.» O porque vendieron la cédula, que es lo mismo.

6.—«¿Qué les parece la idea de convocar a un concurso popular, entre todos los artistas del lápiz en Cuba, para que cada uno haga una concepción gráfica de su Matías-Pérez-Pueblo con un premio para el triunfador? —¿Y por qué no? Que haya un concurso mas, ¿qué importa al mundo?

Corrieron distintas versiones sobre el final de Matías Pérez; unos decían que había caído en el mar; aunque no se encontró nunca rastros de su globo; y otros aseguraban—«por noticias de unos viajeros que nadie vió ni conoció nunca»—que había caído entre los indios mayas de Yucatán; y que allí, o se lo comieron vivo, o se quedó muy a gusto, llegando a ser con el tiempo jefe o rey de alguna tribu. Barberán y Collar son más de nuestros días, y, sin embargo, nada ha llegado a saberse del paradero de los desventurados aviadores, héroes del asombroso vuelo Sevilla-Habana.

Si la señorita Teresina del Rey llega algún día a pilotear un aeroplano, con el propósito de batir un record de distancia, pedimos a Dios la libre de la mala suerte que le cupo a su colega la aviadora norteamericana Mis Emelita Enhart, desaparecida recientemente en el misterio del océano. Un descolorido nos contaba haberle oído a su abuelita una de las tantas décimas a que dió lugar el vuelo de Matías Pérez; y haciendo un esfuerzo de memoria, nos recitaba la que sigue, con la que se «elevó a las alturas» un versador de aquellos tiempos:

En una tarde serena
subió en su globo Matías,
y a poco con alegría
asomó la luna llena.
Desde entonces, con gran pena,
de él no se ve huella alguna:
y ante la incierta fortuna
del aeronauta infelice,
hay quien asegura y dice...
que se lo tragó la luna.

Ignórase si el vate se tiró, con, o sin paracaídas.

Handwritten signature and date: 7/40



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA